

Loco por la libertad



Pere Bonnin
Escritor

David Raventós, un licenciado en Derecho de 46 años que domina seis idiomas, inició el 3 de mayo pasado una huelga de hambre en Barcelona bajo el lema «Fam de llibertat» (hambre de libertad), que debía durar hasta que Catalunya y Escocia declarasen su inde-

pendencia. Acabó encerrado contra su voluntad en el Departamento de Psiquiatría del Hospital del Mar. Pueden leer su historia en <http://diarigran.cat/2016/05/fam-de-llibertat/>

Su huelga de hambre ha pasado desapercibida a los medios de comunicación convencionales, capaces de enviar cámaras y titular a cuatro columnas una huelga de hambre por el maltrato a las orugas. El error de Raventós, que lleva 25 años luchando por la libertad en todos los cenáculos del independentismo catalán, ha sido atacar a todos los frentes, acusando a

los líderes del llamado *procés* de dar largas en beneficio de la «unidad de España». Dijo en alta voz y en público lo que gran parte del independentismo catalán comenta en privado. Nada concreto, cierto, sin señalar, aunque la reacción de silencio



oficial y oficioso, así como el desenlace psiquiátrico de su huelga de hambre, hacen suponer que sabe demasiado.

El uso de la psiquiatría contra la disidencia fue contundente tras la segunda guerra mundial, principalmente en la

URSS y los países socialistas del Este europeo. El psiquiatra húngaro Thomas Istvan Szasz (1920-2012), emigrado a Estados Unidos, profesor en la Universidad de Siracusa (Nueva York), acuñó el concepto de «Estado terapéutico» para definir la inmoralidad de los tratamientos psiquiátricos forzados por el Estado en casos de conductas perturbadoras, pero no delictivas. El hambre de libertad, para uno mismo y para su pueblo, no es una conducta enfermiza sino la más sana de todas las conductas. ¿Quién encerraría en un psiquiátrico a Jefferson, Franklin, Adams, Washington, Bolívar, Mandela, O'Higgins, San Martín, Napoleón, Espartaco, etc.? Probablemente sólo lo harían aquellos locos que gritaban «¡vivan las caenas!» y sus descendientes, que prefieren la sumisión a cambio de unas migajas, aunque se vean obligados a arrugar su dignidad lamiendo los zapatos o el trasero del déspota. Por fortuna para los tiranos, esos locos son multitud y la dignidad clarividente una excepción.